

Sergio Raúl Arroyo

Navegaciones de un ensayista

Juan José Reyes

I

No es verdad que cuando uno lo tiene delante, esté uno —como quiere la señorita secretaria— frente al “etnólogo Sergio Raúl Arroyo” porque, si bien es del todo cierto que este personaje hizo cumplidamente los estudios de las tiras de materias, es sin duda mucho más que un “etnólogo”, un especialista en determinadas realidades. Tampoco es sólo un museógrafo ni un curador, aunque se las sepa todas de los correspondientes asuntos. Hace también trabajos puntuales e imaginativos que ya quisiera la mayor parte de nuestros críticos de arte pero no es nada más un crítico. He conversado con él muchas veces, ya sin la mediación de la señorita secretaria, y puedo imaginármelo dando clases, cosa que ha hecho reiteradamente, desatando y tejendo ideas imprevistas y sin falta tentadoras con asombroso poder de articulación. Lo vi, por primera vez, en el Museo Nacional de Antropología, en la apertura de la exposición egipcia que él mismo promovió y organizó. Aquella noche “dijo unas palabras”, como se dice, y me llamó la atención que no mentara el nombre de la señora Sahagún, esposa del entonces presidente y ahí paradita, sólo al comienzo con una sonrisa. Dio agradecidamente, en cambio, Sergio Raúl los nombres de cada uno de los que habían contribuido en la factura de aquella muestra magnífica. No pasaron muchas horas cuando me enteré de que había decidido dejar el cargo de director del Instituto Nacional de Antropología e Historia, antes de que expresara aquellas palabras. Lo lamenté porque a todas luces él era una excepción en el menos que gris elenco del foxiatio. Le comenté todo esto poco después y, más que cortésmente, me contó que des-

de hacía años venía leyendo lo que yo publicaba. Nos hicimos amigos.

Muy pronto le pedí colaboraciones para la revista *Cultura Urbana*, de la UACM. De inmediato respondió positivamente y luego luego también remitió su primer texto. No tardó mucho en buscarme para decirme que necesitaba hacer algunas correcciones. Entonces comencé a conocer otro aspecto central de su modo de trabajo: no sé si sea un perfeccionista pero tengo claro que tarda mucho en quedar enteramente satisfecho con lo que ofrecerá a los lectores. A aquellas correcciones siguieron varias otras, y la historia se ha repetido con cada uno de los ensayos que nos ha venido entregando para aquella publicación.

Este afán de pulirlo todo en ocasiones me ha parecido excesivo, por más que siempre lo haya visto con respeto e inclusive admiración. Estoy cierto de que los ensayos de Sergio Raúl Arroyo parten de la continua y pobladísima navegación de una enorme cantidad de datos y de redes conceptuales, además de una infrecuente destreza en la escritura. Por ello pienso que el autor escribe con profundidad y elegancia a la primera, siempre con fluidez en esas largas frases en las que suele brillar una adjetivación precisa. No habrá duda, creo, de que por tanto, y no sólo por sentido de responsabilidad sino por puro buen gusto, a Sergio Raúl Arroyo le gusta releerse, ser el primero de los testigos de su esmero y de sus luces abundantes. De ahí que no tarde nada en descubrir que tal cosa podría estar dicha mejor si se la dijera de estotra forma, o en caer en cuenta de que falta un dato, alguna mención, un leve guiño al lector.

Hace poco tiempo la revista *Cultura Urbana* pudo extender el campo de sus actividades y allí nacieron frutos preciosos: li-

bros de tres autoras de primera línea —tres ya consagradas y una cuarta en vías de serlo—. Me refiero a Bárbara Jacobs, Mónica Lavín, Ana Clavel y a Rowena Bali. Entonces los integrantes de *Cultura Urbana* le pedimos material para un libro suyo a Sergio Raúl Arroyo. De inmediato, animado y generoso, accedió el autor, y nos pusimos a trabajar. Por su parte él procedió a reunir el material iconográfico y nos orientó en lo relativo a los derechos de reproducción de las imágenes. Desde luego, empezó asimismo a corregir los textos que había reunido y publicado aquí y allá, en revistas diversas (una de ellas, la nuestra). Hubo largas sesiones con Juan Pablo de la Colina, el diseñador, quien de modo directo se coordinó con la editora, Rowena Bali. Tuvo que pasar un par de años, o más, para que, una vez organizada la imprenta y reordenadas otras cosas, podamos contar ya con la edición de este libro, que tendrá que servir como el recomienzo de la colección bibliográfica de *Cultura Urbana*.

II

Una red de finas líneas corre, gira en el luminoso entramado de *Un lugar en el sol*. Tal vez halla una línea principal: es la del tiempo. El autor ha dispuesto frente a nosotros un variado abanico de miradas. Mira representaciones prehispánicas del cuerpo. Mira la Piedra del Sol de los mexicas. Mira, junto a un extraño y más que probable espectador, piezas egipcias expuestas en la ciudad de Berlín. Mira la mirada volcánica y pitagórica del pintor cubista Juan Gris. Viaja luego su visión a ser clara compañía del fotógrafo naturalista Carl Lumholtz quien desde los ojos de la esperanzada ciencia y

los caminos del progreso retrató con ternura y fuerza, objetividad y fe buena, a los personajes de pueblos originarios de ese México que ha quedado siempre insuficientemente conocido: mujeres, hombres, niños, puestos de pie en aquel centro ubicuo de una realidad solitaria en la que todos hacen comunidad, de veras. Mira después el autor el “gran entramado histórico” que forma el Fondo Casasola, esa obra prodigiosa que revela, por decir lo menos, amplias parcelas de dos mundos: el de numerosos aspectos de las técnicas fotográficas y su destino periodístico y el de México, desde la frontera del siglo XIX y el XX hasta bien entrado este último. Conocedora de que la realidad de todos los días no es una sola, esta misma mirada se detiene en otro campo del periodismo, y Sergio Raúl Arroyo observa y revisa la figura y la obra de John Heartfield, el fotomontajista alemán que vivió entre distintas erupciones: la de las vanguardias de comienzos del siglo XX, la del nazismo, la de la Guerra Fría y su atmósfera plomiza... Sus trabajos, auténticas obras de arte aun cuando muchos estén integrados en objetos de corte utilitario (publicaciones: diarios, revistas, libros), manifiestan la multiplicidad de realidades y de miradas a la vez que la necesidad de fijar lo inaprensible. De esta forma del arte poblada de referencias en su aparente sencillez, la mirada va a trazar, con certeza crítica y sensibilidad entera, “cuatro imágenes de Mariana Yampolsky”, la fotógrafa estadounidense que pudo ver con insólita belleza, con severa transparencia rostros y paisajes mexicanos, en especial del campo. Las imágenes dibujan una biografía en la que se cruzan la curiosidad, el instinto, una laboriosidad inagotable, la precisa sobriedad. Arroyo recuerda los probables orígenes arqueológicos, las indudables raíces estéticas de Mariana (quien tuviera como maestra a Lola Álvarez Bravo) y la necesaria mexicanidad de la artista. Mira después la inteligencia del autor la obra del artista mexicano Óscar Guzmán, un fotógrafo digital. Hay aquí una verdadera revelación. Las composiciones de Guzmán sirven tal vez mejor que las otras para que pueda verse cómo el tiempo no sólo es relativo sino que bien puede fundirse con el espacio. Al verlas, uno *tiene* —si se me permite el verbo—

que recordar a Dalí. Me refiero al trazo es-tético, geométrico (una geometría perfecta y a la vez irregular) que hace posible que uno mire cómo los objetos, las estructuras, los cuerpos han quedado suspendidos. Sombras y luces dan vida al silencio pero también al rumor de piedras y metales. El tiempo y el espacio se han hecho una entidad sola, y en ocasiones el espectador tiene delante ejemplos perennes del arte surrealista. Intemporalidad y atemporalidad, dice Sergio Raúl Arroyo al ver estas piezas de la Ciudad de Gálvez, como ha bautizado Guzmán a su creación. El artista habría creado un puente entre las dos condiciones. Lo asombroso es que uno pueda verlas y que ese puente posea tan inquietante belleza. Concluye la segunda estación del viaje de la mirada en la obra en trance perpetuo de renovación y fin de John Baldessari, creador de piezas visuales que irían en contra de la sola mirada apelando a interpretaciones que penden de lo intelectual y lo físico.

III

Un lugar en el sol comienza cuando se mira el cuerpo según lo vieron y recrearon artis-

tas de culturas prehispánicas. Comienza entonces esta zigzagueante navegación permanentemente enriquecida. Es la travesía de la sensibilidad. El autor hace un “elogio del cuerpo” mirando todos los rincones, las zonas secretas del arte con que los indios representaron la corporalidad. De esto brota la pregunta por los orígenes de aquellas representaciones, las intenciones de los pueblos y sus artistas. ¿A qué respondía aquella belleza irrepetible? El cuerpo sería aquí, de nuevo, un puente, ahora entre la realidad en fuga y el cosmos, entre lo diminuto y lo inmenso, entre el instante evanescente y la eternidad adivinada. Todo el libro de Sergio Raúl Arroyo lanza sobre la mesa la ecuación, una tirada de dados que fatalmente desemboca a lo imprevisto y a sus propias búsquedas. Con la sección “El laberinto de la vida cotidiana” concluye el libro. Es cierto: hay un laberinto en este trajín diario, y es tanto el trajín, y son tantas las imágenes deleznable a las que nos someten los canales tecnológicos, que hemos dejado de mirar lo más a la mano, o lo más a la vista. Etnólogo como es, el ensayista se pone a deambular por la Ciudad de México para ver con calma figuras de indígenas con que se ha tratado de hacer homenaje a aquellos



“otros”, de parte de la oficialidad en turno. Lo indio aparece primero como motivo de interés intelectual (a fines de la Colonia, delante de la Piedra del Sol) y como fuente de espanto (en el mismo periodo, y ante la Coatlicue). No deja de sorprender aquel horror que la representación de la diosa suscitó ante los españoles y los criollos, que encontraron en aquella figura la concentración de un mundo atroz que sólo la cristianización podría abolir del todo. Ya en el México independiente, en 1822 según recuerda Arroyo, la obra es exhibida en la Universidad pero detrás de un pudoroso biombo. Obediente a las necesidades y los azares del poder, lo indio ha sido visto de modo sesgado, y por tanto falsificador, por los habitantes de la metrópoli. Los liberales, encabezados por Juárez, los miraron con insuficiencia y no pudieron, no supieron situarlos en la escala del progreso a la que ellos pensaban que se habían trepado de la mano del positivismo. El Porfiriato miró lo indio de dos maneras: lo exaltó, en aras de la ideal unidad patriótica, y lo persiguió y cuando le pareció necesario lo eliminó en la realidad misma. Durante el régimen de Díaz se

hace y se instala la estatua de Cuauhtémoc, ahora perdida en un crucero del que automovilistas y peatones hacen lo que pueden por salir indemnes. Hacia el norte fueron a parar los Indios Verdes, estatuas de tlatoanis mexicas hechas con una amalgama de metales. Su destino original sería el Paseo de la Reforma, y fue la oposición de la opinión pública la que lo hizo diferente. Los motivos: aquellas estatuas verdosas por la oxidación no le venían bien al aire cosmopolita, progresista de la gran avenida (terminaba el siglo XIX). De allí se fueron aquellos Indios a la Calzada de la Viga, donde permanecieron hasta 1938, cuando fueron remitidos a su lugar actual. Dondequiera que estén, estas figuras representan bien lo que la raza mestiza (ya no tanto la criolla) percibe con arrogante ignorancia: los indios mexicanos son los *otros* mexicanos y no tanto por una cuestión discriminatoria que proviniera de un prejuicio. Allí están, mírenlos: los indios están quietos, en actitud hierática sin falta, severos, rígidos. ¿Qué tendrían que ver con los acelerados habitantes de una gran urbe, se le ocurre a las clases acomodadas o semiacomodadas de la capital?

Y si de seres quietos se trata, parece decir el autor, pasea luego por el Panteón Francés, sitio de presencias ciertas y poblado por bellezas que crea el caminante, y por las vecindades y por la idea de la “ciudad”. Cierra su obra Sergio Raúl Arroyo con dos textos críticos también pero ya no surgidos de la mirada, o de la mirada física sino de una puramente intelectual y emotiva: uno en torno a las ideas sobre la modernidad de Siegfried Krakauer, pensador alemán, y el otro acerca del poeta mexicano, injustamente soslayado de la memoria especializada, Carlos Eduardo Turón.

Y ya está. Sergio Raúl Arroyo es todo lo que es pero sobre todo es un escritor, un ensayista. Apenas es necesario decir que hace falta que haya más en nuestro medio con al menos un poco de su información, su inteligencia y, no en último lugar desde luego, su capacidad de hacer una prosa suntuosa, elástica y elegante. **U**

Sergio Raúl Arroyo, *Un lugar en el sol*, UACM, México, 2011, 207 pp.

